

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

EXTREMOS COMUNES

TEORIAS PARA EL ARTE

¿ARTE? La palabra, desde luego, invita al uso de la mayúscula inicial. Quizá sería preferible decir, por ejemplo, y según los casos, «pintura» o «escultura». Una ya densa tradición de papeles impresos, archiconocida, ha venido a condicionar el término «arte» con resonancias solemnes y tendencialmente especulativas. No importa cuál haya sido su acepción originaria. De hecho, a estas alturas, siempre sugiere la idea más o menos romántica de «creación» —de creación «personal», por supuesto—, y su derivado «artista» suele sugerir explícitas referencias a una u otra pasión genialoide o a cosas de este tipo. No cabe duda de que, en última instancia, «nuestro» concepto de arte y del artista se ajusta a tales previsiones. Ya no resulta tan claro, sin embargo, que sean igualmente válidos para el arte y los artistas de hace tres o cuatro siglos. Y huelga aludir a los innumerados picapedreros y enjalbegadores que se ocuparon de adornar las construcciones románicas. Los estupendos pintores de Boi y de Taüll ¿eran artistas? Dejémoslo en «pintores» a secas.

«Pintura», en principio, es un vocablo que no compromete a mucho: nos remite a la estricta actividad de poner colores sobre una determinada superficie. En los recursos coloquiales de estas latitudes, «pintor», tan pintor es Piero de la Francesca como el de brocha gorda. Y puede que, en definitiva, el clero de Arezzo pensase en Piero como en un pintor de brocha gorda que «sabía» llenar los muros eclesiásticos de una manera más conveniente, más suuntuosa, o más agradable. Pero, bien mirado, «pintar», si descartamos el gremio de los blanqueadores y los rotulistas, es lo que hicieron o hacen —valga el batiburrillo— el troglodita de la Valltorta y Joan Miró, Jacomart y Antoni Tàpies, y los decoradores pirenaicos del XII, y Jaume Huguet, y Joan de Joanés, y Rigau, y Fortuny, y Sorolla, y Nonell, y Dalí (aunque Dalí, más que un pintor, es un chiste), y el «Equip Crònica». Ni las intenciones ni la función de los involucrados en esta rápida nómina pueden considerarse excesivamente «idénticas». No hace falta poseer una gran sensibilidad «histórica» para advertirlo. ¿Dónde y cuándo empieza el «arte»? ¿Y dónde y cuándo acaba?

Otro tanto podría decirse de la «escultura». Los canteros de monasterio o de catedral, las gubias góticas, Damià Forment, los aplicados imagineros barrocos, don Mariano Benlliure (que santa gloria haya), Maillol, o Manolo, o Clarà, y Subirachs, y Andreu Alfaro, constituyen una muestra paralela, de actitudes difícilmente conciliables en su planteamiento inicial. Entre los desgraciados y jocundos jornaleros que labraron gárgolas, capiteles, parteluces y altares en la Edad Media —devotos a ratos, y a ratos con una exultación obscena que para sí quisieran más de cuatro, en estos tiempos de erotismo maquinal y aburrido— y los monumentos de Benlliure, de Maillol, de Clarà o de Alfaro, y los bibelots de Manolo, media un abismo. Los chicos del «Equip Crònica» han fabricado unas preciosas figuras de cartón-piedra, con ruedas, y con aspecto de peponas, sacadas del repertorio velazqueño de «Las Meninas»: unos chirimbolos sarcásticos literalmente admirables. ¿El «arte»? El vocablo se desinfla cuando pretendemos darle validez genérica. Y me paro aquí. No osaré meterme

en el campo de la música, pongo por caso. Ni en el de la arquitectura. Música y arquitectura son «artes» tremendamente impenetrables para los profanos. Uno, ciudadano de clase media y celibéricamente autodidacta, llega a opinar acerca de libros, de cuadros o de estatuas, pero vacila ante un tinglado sonoro o ante el secreto «constructivo» de un edificio. Nos resignamos a un «me gusta» o «no me gusta», y en paz. Los especialistas tienen otras razones, más seguras, para emitir juicios. En realidad, es muy probable que aquí se abra otra trampa a propósito del vocablo «arte»: si todo «eso» es arte —poesía y novela, escultura y pintura, música y arquitectura—, nos sentiremos seducidos por la alegría de creer que «todo el monte es orégano», y proferiremos los mayores dislates al proyectar sobre la música nociones propias de las letras, o sobre la arquitectura esquemas sólo válidos para la pintura. El «arte» no es uno: el comodín verbal ofusca... Sea como fuere, tampoco cuesta mucho esfuerzo entender que Sagrera, Gaudí y Bofill son «cosas» muy distintas. O quizá menos que Jacomart, Fortuny y Tàpies. No sé. Sería un asunto a discutir. Pero entre Lluís Milà y Albéniz, entre Cabanilles y Quadreny, entre Fletxa y Rodrigo, también se precisan unas diferencias obvias.

En todo caso, una conclusión se impone: que, si en cualquier momento cualquier individuo que pinta o esculpe es pintor o escultor, no siempre todos coinciden en la proposición «artística». Y no me refiero a las variantes «estéticas». El fulano de Taüll, Jaume Huguet, Fortuny, Sorolla, Miró y Tàpies responden a estéticas tan disímiles, que sobran las apostillas. No se trata de eso. Pienso, más que nada, en las respectivas concepciones del «arte» atribuibles a estos señores. ¿Qué tienen en común? Poco, muy poco. El de Taüll pintaba con trepa; Huguet quiso acercarse a la «realidad» más elementalmente visual; Fortuny buscaba convertir esa presunta «realidad» en escenografía; en un riguroso —y muy logrado: Fortuny era hábil, cosa que no es Dalí— esfuerzo por conseguir el «trompe l'oeil» perfecto; Sorolla fue uno de los escasos pintores de este país que haya tenido plena consciencia de lo que es una pincelada; Miró inventa, juega, poetiza, construye y destruye, y yo siempre he dicho que si el Espíritu Santo Paráclito sintiese la veleidad de pintar lo haría como Miró; y Tàpies... Tàpies, el último Tàpies, es una abrupta crispación plástica: una mezcla de violencia y de desolación, que ni siquiera se vale del pincel. Con Tàpies, la pintura se convierte en duda. Pero, si queremos fijar el léxico, un punto queda clarísimo: quizás únicamente Fortuny y Sorolla creyeron que hacían «arte».

Me valgo de estas seis indicaciones pictóricas —Taüll, Huguet, Fortuny, Sorolla, Miró, Tàpies— porque estarán claras y frescas en la memoria del lector. Podría alargar la lista, con el cromo relamido de Joanés, con el «jo pinto, i prou» de Nonell, con las repercusiones «pop», «op» y demás, florecidas en nuestro domicilio colectivo. Pero a lo que voy: ¿«arte»? ¿Qué sentido tenía la palabra —inexistente en su época, o al menos en su vocabulario— para el románico de los pantocrátors y las vírgenes hieráticas, reproducidas según el patrón impresionante de unas recetas profesionales? ¿Qué pudo ser el

«arte» para Huguet, para Dalmau, para Reixach, para los Serra, para Jacomart, para la entera tribu de los artesanos trashumantes del siglo XV? Ni arte, ni nada: un salario, un oficio. Fortuny ya participó de la superstición. Y Sorolla. Miró y Tàpies están en los antipodas del «arte». También están en los antipodas del maestro de Taüll y de la paciente elaboración de los retablos cuatrocentistas. Es, lo suyo, otro asunto. Y muy otro el de Miró que el de Tàpies. Añadamos lo demás, y el panorama se complica. ¿Arte? Insisto en el interrogante. La verdad es que, si hemos de ser honestos, tendremos que contentarnos con escribir: «pintura». Pintura, y gracias.

Las consecuencias «teóricas» también son evidentes. El mercado de libros nos ofrece cantidades abrumadoras de doctrina artística. Sociólogos, historiadores, filósofos, psiquiatras —psicólogos, mejor dicho—, se lanzan a esbozar gloriosas, sutiles, amenisimas interpretaciones del fenómeno «arte». Cada cual se saca de la manga la «clave» que explica la hipotética totalidad: Altamira, Rafael, Renoir, Picasso, Pollock. Coinciden en el punto de partida: en dar por cierto que todo es uno y lo mismo, el antropoide de las cavernas, Apeles, mi ignoto y admirado pintamonas románico, la «Gioconda», David, Cézanne, Chagall, Kandinski, y lo que vino después. Es un error. El distinguido doctor Sigmund Freud, con Lionardo como «corpus vili», puso en circulación el supuesto de que toda «obra de arte» responde a un problema sexual mal digerido. Es un esquema afeble, en efecto. Pero, ¿qué podría decir Freud ante el repertorio románico del Museo de Montjuïc? ¿Qué «complejos llegaría a imaginar, contemplando la excelsa monotonía del románico catalán?

Y, en la línea de Freud, por muy «opuestos» que parezcan, podríamos situar a Fisher, a Read, a Hauser, y a «tutti quanti» que, más inclinados a la sociología o al sociologismo, incurren en el defecto de dar por sentado que, desde el Paleolítico, existe una especie de trabajo humano, uniforme y constante, llamado «arte». La idea de «arte», moderna, modernísima, se proyecta con efectos retroactivos, y el lío que se deriva es enorme. La buena gente que tallaba gárgolas, que miniaba manuscritos, que ornamentaba tablas, que llenaba de firmes pinturas las paredes de los ábsides, en el Medioevo, ¿eran «artistas»? ¿No estaremos abusando del lenguaje, si aceptamos la designación? Eso que desde las catedras y desde los periódicos llaman «arte», hoy día, ¿tiene algo que ver con la designada laboriosidad de unos simples obreros de hace ochocientos, setecientos, seiscientos años?... En un último empeño por clarificar el tema, yo me atrevería a proponer la siguiente puntualización: entre Miró y Tàpies (y los demás), de un lado, y los embadurnadores de Boi y Taüll y los «primitivos», e incluso los maestros renacentistas y barrocos, sólo existen dos extremos comunes. Que son: el hecho de pintar y el hecho de cobrar por lo pintado. La lectura de un contrato medieval para la fabricación de un retablo de iglesia es el mejor escrúpulo frente a la capciosa idea de «arte»... ¿Arte?

Joan FUSTER

LOS ENTRAÑABLES OFICIOS

CON LA RUEDA POR DELANTE

POR la redondez del mundo, bajo lunas, soles o cielos, avanza lentamente, como en los siglos, la rueda del afilador. En esta época supersónica, igualitaria, cruel, monótona y gris, asombra todavía como un descubrimiento entrañable la persistencia en el fervor de ciertos oficios, antiguos como el mundo. Esos bultos zanquilargos y con noche en los ojos que os encontraréis a la revuelta de un camino aldeano bajo las estrellas del otoño, son los aguardenteros, que llegan con la joroba de la alquitara a cuestras, como figuras grotescas del Bosco, a llamar con sus trebejos, desde tierras monfortinas, a las puertas aldeanas de la Galicia con vino; para extraer el glu-glu del aguardiente de la flor del Orujo; el penetrante y aflautado sonido de la siringa de boj avisa por otro sendero —esos encantadores senderos campesinos que parecen no querer ir a ninguna parte— la proximidad de los capadores, que visten pana negra como su severo oficio reclama, y ponen, como el jesuita del XVII español quería, la gravedad por delante y luego el temor de Dios. Pican calmosamente el tocino crudo sobre el pan de centeno, con la afilada navaja del oficio, no se extralimitan con las mozas, aunque éstas les den a menudo vayas y son ladrados en la primavera por los canes de los alpendres y de las eras, defensores de la vida ágil y libre de la Naturaleza, frente al tremendo anuncio del engorde cebón y la matanza lela; tejen canas tras los picaros cesteros bajo los manzanos verdes; tañe el cantero contra el noble granito el son argentino del cinchel...

De pronto, bajo la silente parra de una «corredoira», la cúpula sónica de un pinar o entre el bullicio de los ruidos municipales de una calle ciudadana, entra, empujando altivamente su rueda, el afilador y paraguero, errabundo por todo el universo y reputado filósofo. También —como a los expertos capadores— les acompaña la flauta, de silbo agudo y penetrante que parece —anticipo de la rápida piedra afiladora— sacar chispas a la mañana, y también como otros ambulantes esotéricos —«canteiros», «cesteiros», «caldereiros»—, poseen un singularísimo lenguaje propio. Un argot llamado «barallete», semejante a la «verba dos Arginas» o «Latin dos Canteiros». Pero el de los afiladores —irónicos, sentimentales, escépticos y trotamundos— encierra, como el gallego de los Cancioneros, a veces implacables formas de «mal dezir»:

Pildara foise casar a Rianxo
Champa l'los mireus no pilde
Y-a garlea por debaixo

O este otro, a modo de regalo para sus rivales portugueses:

O belizo dos pategos
E mais largaño que o noso
Mircos lle tican o d'iles
¡San Antonio gardute o ñoso!

No me atrevo, sintiéndolo mucho, a dar aquí la traducción.

Vienen, y van, con su rueda, por la rueda del mundo, inasequibles al desaliento, estoicos ante todo, mientras los aviones supersónicos vuelan sin comprenderlos sobre sus cabezas. Se les encuentra en aldea y despoblado, en villa y ciudad por los sitios más insospechados. Un antiguo amigo mío se topó con uno siendo cónsul en Shanghai. Pienso que «detalles exactos» se le habrían ocurrido al otro cónsul, Stenhal, de haberlo visto...

Heredan orgullosamente por vía agnaticia el nómade oficio y son casi todos de Nogueira de Ramuin, subiendo a Montederramo, en oreñanas tierras de amable paisaje fluvial, accidentado y condecorado de nobles viñedos que avanzan como ordenados escuadrones en orden de batalla por las empinadas laderas. ¿Es el cercano aureo Sil, tentación del rapaz romano y terco perforador de pétreas moles, quien le dio el santo y seña para que fueran incansables y, como la luna, indiferentes al amor y al odio, rueda adelante por esos mundos de Dios...?

Eterno emigrante de sí mismo, pero muriéndose de amor con el ansia del retorno, sigue entrañablemente por los cuatro puntos cardinales, empujando, intemporal y magnífico, el fiel afilador a su fiel rueda.

José María CASTROVIEJO

50.000 ESTUFAS

SOLO MARCAS DE CALIDAD

butano, gas ciudad y eléctricas

ESTUFA BUTANO primerísima marca

4.000 Ptas. Ahora más baratas 1.690

Otras marcas más de máxima calidad
SUPER-SER FAR BUTA-THERM'S OTSEIN KENDAL etc.

Conjunto completo

ESTUFA BUTANO
2 bombonas (incluida carga)
Mano reductor y tubo
Alta butano

Sólo por 3.020 ptas.

(A plazos sin recargo)

Servicios y puesta en marcha a domicilio con garantía
NADIE VENDE MAS BARATO NI MEJOR CALIDAD

Antes de comprar visítenos

FOTO CLUB

PELAYO, 50



LIBRERÍA HERDER

SERVICIO INTERNACIONAL DE REVISTAS CIENTIFICAS

Técnica, Química, Medicina, etc., etc.

Solicítenos sus suscripciones

GRAN EXPOSICION PERMANENTE DE LIBROS CIENTIFICO-TECNICOS

Visítenos: Balmes, 26 - Barcelona - Tels. 221 40 90, 223 16 95 y 221 36 73

PARKING GRATIS

emi

ESCUELA DE MANDOS INTERMEDIOS

Cursos completos de especialización
Curso de Contabilidad Analítica y Control Presupuestario

Un curso completo de 135 horas que le permitirá especializarse y dominar la técnica y la práctica de la moderna contabilidad de costes

Fechas: martes y sábado, desde el 10 de noviembre al 8 de mayo.
Horario: martes de 7.30 a 10 y sábados de 4.30 a 7.30.

Curso completo de Cronometraje

Un curso de 140 horas de duración que le dará una formación completa de cronometrador

Fechas: martes y viernes, desde el 13 de noviembre hasta el 25 de mayo.
Horario: de 7 a 10 de la tarde.

INFORMES E INSCRIPCIONES

(Plazas limitadas). EMI-CLOT, Valencia, 684. EMI-GRACIA, Torrente de las Flores, 68
Teléfonos 213-81-40 y 213-81-43

vilurz

LA ESTANTERÍA QUE DA MAYOR VISION A SU ESCAPARATE



COMPRUEBELO PIDIENDO UNA DEMOSTRACION, SIN COMPROMISO ALGUNO.
AL TEL. 307-25-26. C. PASAJE BORREL, NUMERO 14 BARCELONA (5)